

Yo no quiero héroes

Punkuru

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Aquella mañana no acabó la frase. Tomó el aire necesario entre palabra y palabra, pero cuando estuvo a punto de llegar al desenlace se detuvo. El aire se escapó entre sus dientes como una brisa fugitiva en un día seco de verano, cuando debió haber llegado a mi rostro ya se había desvanecido. Se quedó mirando fijamente a través de la ventana, olvidando en un instante nuestra conversación, mi presencia, el presente. Daba la sensación de que en cualquier momento fuese a desaparecer, era como si el cielo de repente se fuese a abrir en canal y devorarla. No era la primera vez que ocurría, al comienzo era una sílaba sin acabar, pasó por alguna palabra y finalmente esto: todo un desenlace que fluía egoístamente dentro de una sopa primordial en sus neuronas. Había desistido, perdió sus esperanzas en mí, o quizá estaba comenzando a desconfiar, quién sabe, se acercaba a una edad peligrosa, esa en la que crees que todo acontece para ti. No obtuve la respuesta, la única forma de conocerla era ella y me ignoraba completamente, no, más bien mi presencia había dejado de tener un valor para ella, dejé de existir en sus pensamientos y, por lo tanto, aunque solo fuese durante medio minuto en aquella mañana, dejé de existir.

Y con el ánimo de quien no existe bajé a desayunar. Mi madre y padre ya estaban sentados en la mesa de la cocina, estaban viendo la televisión, una Kyodo que mi padre que debía haber conseguido de alguna forma no muy lícita ya que siempre se quejaba de que no tenía dinero. Quizá mentía.

Les di los buenos días, me senté, leche y un trozo de pan con aceite y azúcar. No era nada de otro mundo, pero no había trabajado por ganarme esos alimentos, eran un regalo, un acto de caridad. En cambio ese altruismo no existía con clara.

-¿Solo un vaso de agua? -dijo Clara sin llegar a sentarse.

-No hay nada más -contestó mi padre sin desviar la mirada de la televisión.

Mi madre estaba cabizbaja sin decir nada, como de costumbre.

-¿Para ti siempre hay de todo?

-Cuando traigas dinero a esta casa tendrás derecho a comer lo mismo que yo.

-¿Acaso solo te importa el dinero?

Desvió la mirada, se estaban formando pequeñas arrugas en el rostro de mi padre, casi logró erizar los bellos de mi piel y eso que no se dirigía a mí. Tuve que intervenir para evitar la catástrofe.

-No te preocupes, tenemos de sobra para los dos, podemos compartir el desayuno.

-¿Por qué eres así? ¿No ves que lo hace adrede?

Nuestro padre terminó de fruncir el ceño e hizo amago de levantarse. Las palabras de Clara fueron definitivas para desencadenar su furia, tuve que actuar antes de que se levantara o estaba totalmente perdido.

-¡Quieres dejar de ser tan engreída! -dije gritando tras haberle abofeteado -, hay gente que tiene menos, papá hace lo que puede y...

Llena de ira me roció su vaso de agua sobre la cabeza. Su enfado se desvaneció al instante, y entonces me volví la ventana del cuarto de arriba, su mirada me atravesaba, como si sus pupilas estuviesen perdiéndose entre las gigantes argénteas, como yo no existiera, como si ese marco no existiera, como si no existiese nada más que ese gigante cielo que se extendía infinitamente como su deseo por alcanzarlo. Deseé con toda mi alma que llorase, que me devolviese el golpe, que sus cejas casi se fusionaran invadidas por la ira; pero nada de eso ocurrió, se dio media vuelta y comenzó a andar a paso rápido, salió de casa.

Aunque tardé bastante tiempo en reaccionar, corrí hacia ella, tras haber salido de casa me di cuenta de que había olvidado mi abrigo, es más, mi hermana tampoco había cogido el suyo. No tuve que correr demasiado, debido a la nieve y lo delgada y pequeña que era no tuvo tiempo de ir demasiado lejos. Me estaba esperando en la calle, sentada de cuclillas y tiritando. Me acerqué y le puse el abrigo. Ni si quiera me dirigió la mirada, simplemente comenzamos a andar hacia el colegio totalmente en silencio.

-Cada vez te pareces más a él -dijo casi susurrando.

Sus palabras se clavaron en mi alma como si fueran cadenas afiladas arrastrándome hacia el infierno. Mi cuerpo se estremeció y comenzó a arder por dentro. Me puse delante de ella impidiéndole el paso y con todas mis fuerzas me di un puñetazo en la cara. Mi mandíbula produjo un fuerte estruendo y mis labios comenzaron a sangrar. El ardor de mi cuerpo fue traspasado a mi pómulo, me sentí liberado. Necesitaba hacerlo, mi mente estaba siendo absorbida hacia un abismo del que nunca jamás lograría liberarme. Si no actuaba en ese momento ya no habría vuelta atrás, debía ser castigado por haberla golpeado a la única persona que quería en ese maldito mundo. Esa había sido mi respuesta, golpearla cuando todo se

ponía en nuestra contra, cuando sus palabras habían sido invocadas por la mismísima justicia, cuando ella estaba siendo víctima de mil atrocidades, la única respuesta que había logrado encontrar era golpearla. Me juré en silencio que si volvía a hacerle daño mataría a mis padres y luego me suicidaría.

-Lo siento -dije desesperadamente-, papá se estaba enfadando y todo estaba ocurriendo muy rápido, es la única idea que se me ha ocurrido -dije atropelladamente-, demonios, lo último que quiero hacer en este mundo es hacerte daño. Sabes que te quiero, ¿verdad? ¿Sabes que estoy de tu lado, verdad?

-¿Por eso te golpeas?

-Es lo único que se me ha ocurrido para que me perdones.

-Para evitar que él me haga daño ahora sangras tú. Ese será siempre tu mayor problema, quieres que todos ganen, aunque te estés sacrificando.

-Si fuese fuerte sería capaz de protegerte.

-Así no vas a conseguir que te perdone.

-¿Qué puedo hacer?

-Abrazame. ¿Acaso crees que necesitas mi perdón? -dijo estrechándome entre sus brazos-. ¿Cuántas veces te has quedado sin comer por alimentarme? ¿Cuántas veces te han pegado por defenderme? Incluso ahora estás empapado pero sales a por mí, me pones el abrigo y olvidas ponerte el tuyo. Es mi culpa, siempre me meto de cabeza en cualquier problema y espero a que vengas a salvarme en el peor momento. Pero no te lo voy a agradecer todavía, lo haré cuando no te necesite más, cuando pueda sobrevivir por mí misma, cuando no me sienta sola; pero hasta que llegue ese momento, nunca me dejes sola, por favor.

Parecía mentira que yo fuese el mayor, mientras yo lloraba ella enjugaba mis lágrimas sonriendo.

Cuando me hube calmado le cogí por la cintura y le subí a caballito. Era muy débil, con una simple ráfaga de viento era capaz de tropezar. Era extremadamente delgada, los profesores insistían en que debía comer algo más de carne, sin embargo era algo realmente complicado.

El problema en nuestra casa es que mi padre veía mi hermana Clara como un reflejo de su hermana mayor, era muy inteligente y mi que en cuanto tuviese alas volaría, al igual que lo hizo mi hermana mayor. Le miraba con recelo, con odio. Era tan lista que él desesperaba intentando tratar con ella, intentaba encadenarla pero era lo suficiente astuta para zafarse de

todas sus artimañas. Cuando las palabras y la razón fallaban la única forma que tenía de imponerse era pegándole, y no dejaba escapar cualquier situación para hacerlo. Era una estúpida guerra de orgullo donde yo era el único que comprendía que Clara estaba fuera de nuestro alcance, ella tenía una buena cabeza, estaba seguro de que haría algo importante para el mundo. Nada que ver con mi padre que era zapatero, mi madre una sumisa ama de casa que recibía tantos palos como Clara, o incluso más, y yo lo único que sabía hacer era cazar ranas. A mí no me importaba, lo aceptaba y disfrutaba de mi vida, mientras yo estuviera ahí cuidaría de ella como mi propio hijo, era mi orgullo como hermano mayor y, por aquel entonces, mi única preocupación.

A veces me daba la sensación de que todo iba a romperse. A pesar de que siempre nos habíamos mantenido en un límite etéreo, por alguna extraña razón parecía que todo lo estático estaba comenzando a cambiar lacónicamente. Quizá era intuición o una especie de premonición, pero el gris de los ojos de mi padre se envilecía con el tiempo, desde que mi hermana mayor se fue a vivir con su novio sus silencios eran más largos, sus movimientos de cabeza más lentos, sus miradas más penetrantes y acechantes. Y por desgracia, debido a la edad, Clara respondía le respondía desafiante.

Estaba inmerso en mis pensamientos cuando noté la vibración de su estómago rugiendo sobre mi nuca. No pude evitar soltar una carcajada.

-Deja de reírte.

-¿Por qué?

-No es gracioso -dijo refunfuñando.

-Vamos, no te enfades, seguro que se me ocurre algo -desplazo la vista por los alrededores hasta que veo un camión aparcado en frente de una pastelería -. Creo que tengo una idea, espérame aquí.

Me acerqué encorvando el cuerpo lo suficiente para no ser descubierto. Utilicé la parte de atrás del camión de cobertura y eché un vistazo dentro de la pastelería, el conductor hablaba con el pastelero, era mi oportunidad. Cuando mis manos tocaron las cajas de cartón sentí la adrenalina, mi corazón latía fuertemente y apenas atinaba. Estaba muy nervioso, pero esa sensación se mezclaba con cierta excitación. Me dio un poco de miedo descubrir ese lado oscuro de mí. ¿Robaba para satisfacerme o para darle de comer a mi hermana? Independientemente de la respuesta lo hice. Cuando conseguí palpar un saliente lo suficientemente sólido, lo agarré y saqué corriendo. Corrí con todas mis ansias, el frío que recorría mi cuerpo se hubo convertido en un ardor que

abrazaba cada bocanada de aire.

-¡Corre!

El rostro de Clara quedó imbuido en el terror y el desconcierto, a pesar de ello fue virando hacia una gratificante sonrisa cuando me acerqué. Supuse que fue una reacción a lo que podía ver en mi rostro.

Los dos nos alejamos jadeando, cuando el carro se hubo convertido en una pequeña miniatura que nuestra vista no alcanzaba, nos paramos.

-Dios mío, ¡estás loco! -dijo entrecortadamente debido a los jadeos.

-A mí me ha parecido divertido, ¿no crees?

-¿Esa es la educación que el enseñas a tu hermana? -dijo mientras me daba un codazo-, por tu culpa vamos a llegar tarde.

-Y más después del festín que nos vamos a dar.

A pesar de que no me apasionaba lo dulce, devoré esas magdalenas junto a ella mientras reíamos.

Las clases fueron como siempre, nada interesante que contar. La gran mayoría del tiempo me la pasaba mirando por la ventana, embelesado con el cielo. Recuerdo que cuando estaba en aquella pequeña clase, a veces todo se volvía un poco más oscuro porque el sol era cubierto por las nubes; era algo muy curioso, casi imperceptible si no estabas atento. Era algo banal y sin importancia, pero por alguna razón a mí me resultaba interesante. Aquel día no fue distinto al resto. Como de costumbre salí a las cinco de la tarde y fui a la entrada de la escuela para reunirme con Clara. Lo único que rompió la cotidianidad del día fue que ella no estaba. Pensé que quizá me estaba esperando tras la puerta, así que decidí cruzarla para poder comprobar si estaba. Mientras caminaba escuché una voz tras de mí.

-Señor Daniel.

-¿Sí? -era la profesora de artes plásticas, Amelie.

-Por favor, acompáñeme, tengo que conversar con usted sobre un asunto.

-Disculpe, ¿he hecho algo malo?

-No sea impaciente, acompáñeme.

Comenzamos a andar. Por el camino me puse nervioso, pensé en los dulces que había robado unos días atrás y me invadió una sensación de desasosiego. No era un alumno demasiado bueno, a veces hacía alguna travesura o me saltaba las clases para ir a pescar, había razones de sobra para que un profesor me castigara, pero todas ellas se resolvían con cuatro reglazos en el despacho, había una gran diferencia entre una travesura y un robo. Su aspecto no ayudaba, parecía un monstruo, los alumnos más pícaros siempre bromeaban con eso, algunos decían que se lo había quemado adrede porque era muy fea, otros decían que le había caído aceite hirviendo, incluso había quien decía que se lo había hecho su esposo... Nada más que habladurías de chiquillos con demasiado tiempo libre. La cuestión era que su rostro desfigurado y su cabello enmarañado no conseguían que pudiese tener una buena impresión sobre ella.

Apenas tenía contacto con esa profesora, pero por lo que había escuchado, pero mi hermana no paraba de hablar de ella, de la complicidad que compartían, de lo mucho que le quería.

Al cabo de un tiempo caminando llegamos a una casa de aspecto un poco tenebroso y fachada raída. Imaginé que nada más entrar por la puerta habría una gran mesa redonda donde estarían todos los profesores mirándome fijamente dispuestos a condenarme para ir al infierno. Mi pánico se disparó al ver que la profesora entraba sin darme ninguna explicación.

-¡Espere! ¿Qué demonios está ocurriendo? -dije retrocediendo.

-¡Cuide su lenguaje!, y no sea impaciente. ¿Acaso sus padres no le han enseñado un poco de educación? -rió y dijo para sí misma -, no, no lo creo. -Me tomó del brazo y me empujó dentro.

La casa era más lúgubre de lo que yo imaginaba. Todo parecía estar colocado con una precisión milimétrica a pesar de resultar un entorno un poco caótico. Las ventanas estaban opacadas por grandes cortinas granates. Colgaban del techo grandes lámparas que desprendían una luz amarillenta que se apoderaba del aura del lugar. Todas las paredes estaban precedidas por estanterías repletas de libros. Esa casa parecía un museo de un par de siglos atrás, los cuadros que decoraban las paredes, los mapas, la escasez de elementos decorativos..., daba la sensación de haber entrado en una brecha espacio-temporal que me había transportado un siglo atrás.

Observé detenidamente unas grandes urnas colocadas en una estantería, en concreto eran tres, cada una acompañada de un marco con la foto de tres personas bastante ancianas. "Es una bruja", pensé. Mientras escudriñaba la habitación pude ver, por el rabillo del ojo cómo algo se movió rápidamente entre los muebles, me dio tal susto que al intentar

retroceder tropecé y caí al suelo.

-¡Misi, no molestes! -el gato se marchó rápidamente refunfuñando- ¿estás bien?

-Sí, solo me he asustado un poco.

-No le gustan las visitas, pero una vez se acostumbra es muy cariñoso - dijo mientras sonreía.

Esa fue la primera vez que le vi sonreír, de alguna forma me tranquilizó un poco.

-Mira esta foto -dijo mientras cogía un marco de una estantería. Era una chica joven de cabello rubio y liso, su sonrisa era conmovedora.

-Es una chica muy hermosa.

-Es una foto de cuando era joven, antes del "accidente" -dijo añadiéndole un tono irónico a esa última palabra.

Le miré desconcertado.

-¿Te ha sorprendido?

-Mentiría si te dijera que no.

Se limitó a sonreír y continuar caminando.

Subimos unas largas escaleras de caracol, cada escalón crujía más que el anterior. A pesar de lo tenebroso que resultaba el lugar me sentía seguro al estar con ella. Cuando terminamos de subir había un gran pasillo en cuyo final se podía apreciar un leve destello de la luz del día. Al llegar allí quedé totalmente desconcertado al encontrar a Clara sentada en una silla comiendo galletas y bebiendo zumo. Ambas se miraban con cierta complicidad.

-¿Qué demonios está ocurriendo?

-Es algo de lo que te quería hablar. Es sobre tu herma y su futuro, siéntate y tómate algo. -Probablemente le dirigí una mirada desconfiada porque continuó. -Tranquilo, todavía no me he comido a nadie.

Me molestó la tranquilidad con la que actuaban, era como si hubiesen estado viviendo esa situación durante años y Clara me lo hubiese ocultado.

-¿Esto lleva ocurriendo mucho tiempo?

-Creo que dentro de poco hará un año que Clara viene a mi casa. Está bien que hagas preguntas, pero ya que te he traído yo me gustaría explicarme primero.

-Discúlpeme, estoy un poco conmocionado.

-Por favor, deja las formalidades, a partir de ahora va a ser mejor que me consideres tu amiga. Volviendo al tema del que quería hablarte, sabes que tu hermana es realmente inteligente, ¿verdad?

-Sí.

-También debes saber que con tus padres no va a tener un futuro.

Miré a Clara pero ella seguía comiendo como si yo no estuviera allí.

-Sí, lo sé.

-Si ese fuese el mayor problema no me estaría tomando la molestia de haberte traído aquí. Hace poco le hicimos un análisis de sangre a tu hermana y es sorprendente la carencia de nutrientes que sufre, es algo por lo que debemos preocuparnos.

-Hago mi mayor esfuerzo para que todo vaya bien, -me estaba sintiendo arrinconado- todavía soy menor, no puedo ganar dinero.

-Disculpa, no quería insinuar eso. Sé que debería estar hablando con tus padres, pero por lo que Clara me ha contado sería una idea fatal. Ella confía mucho en ti y espero que podamos encontrar una solución entre los dos.

-Ayudaré en todo lo que pueda, soy el primero que quiere lo mejor para ella.

-Al comienzo pensé en adoptarle, pero ella me convenció de que sus padres no lo aceptarían bajo ningún concepto. Lo único que tenemos que hacer es conseguir una coartada para que ella siga viniendo aquí hasta que sea mayor de edad, -me agarró los hombros con ambas manos y apretó con fuerza- necesito que me ayudes con esto.

-Haré lo que esté en mi mano, pero no estoy seguro de...

-Es sencillo, -dijo interrumpiéndome- solo necesito eso, que crees coartadas para que ella pueda venir aquí a menudo, también puedes

venir, eres bienvenido.

De camino a casa apenas hablamos, estaba acabando de digerir toda la información que me acababa de llegar de sopetón y Clara lo entendió perfectamente. El plan a pesar de no estar nada mal tenía una gran e inmensa fuga de la que Clara parecía no haberle hablado a Amelie.

-No le has hablado de lo que le pasó a nuestra hermana mayor, ¿cierto?

Negó con la cabeza.

-No puedo dejar que te haga lo mismo.

-Ambos dejamos que se lo hiciera a ella.

-Entonces era un crío, no voy a tolerar que vuelva a ocurrir.

El primer año fue llevadero. En casa de Amelie podía ver a Clara comportándose como una niña y eso me reconfortaba. A mí también me ayudó bastante, era mi pequeño momento de relajación, un breve instante donde no debía estar alerta, donde mi yugo se desprendía de mis hombros y me hacía sentir liviano como el aire. Pero no todo era bueno, cuando colocaba un pie fuera de esa casa éste se hundía en la nieve y sentía como el frío atravesaba el zapato hasta llegar a mi piel y atravesarla con crueldad. Cuando la luz amarillenta de esos focos desaparecía, el techo se convertía en un cielo gris inmenso y yo debía, una vez más, inventar una mentira para mantener ese sueño tan dulce. Liberarme de mi carga durante apenas veinte minutos suponía multiplicarla por dos al volver a casa. Fue más de lo que pude soportar.

Aquella tarde llegué antes. Clara estaba en casa de Amelie, me habían invitado, pero les dije que no me encontraba demasiado bien. Llevaba maquinando algo durante semanas, quizá no era la mejor idea, pero estaba seguro de que actuar bien tendría su recompensa, intenté sopesar qué era lo mejor para todas las partes y actué creyendo en mí mismo.

Abrí la puerta, la casa estaba bastante silenciosa y oscura. Colgué mi abrigo en la entrada, habiendo sacudido antes la nieve. Entré en la cocina y preparé una infusión para ayudar a relajarme, necesitaba un poco de calor. Me acerqué al salón, estaba mi padre leyendo el periódico, me senté al lado de él guardando las distancias.

-Buenas tardes papá, ¿mamá no está?

Negó moviendo la cabeza.

-¿Y tu hermana? -habló sin quitar la vista del papel.

-Pues verás, de hecho quería hablarte de eso. Tengo que explicarte algo complicado, espero que seas especialmente comprensivo... -esperé unos segundos, pero al ver que no respondía decidí continuar -La verdad es que Clara nunca se ha llevado demasiado bien con vosotros y creo que...

-Cuidado con lo que dices, -dijo cortándome súbitamente-nosotros queremos lo mejor para nuestros hijos, que no te quepa la menor duda.

-Sí, lo sé. Pero quizá ella se siente un poco mal... Hace un tiempo que la maestra Amelie ha estado tratando con ella y parece que se siente un poco mejor.

-Sí, esa profesora, parecía una mujer muy formal.

-Lo es, por eso creo que el hecho de que Clara haya estado yendo a su casa es algo bueno, puede aprender mucho de ella y además le da de comer. Le tiene mucho cariño, le quiere mucho.

-¿Por eso últimamente llegáis más tarde?

-Sí, pero créeme que nos trata muy bien.

-¿Esta situación se ha estado dando durante cuánto tiempo? -dijo mientras pasaba las páginas del periódico.

-Se podría decir que casi un año -en ese momento de la conversación me puse realmente tenso. Sabía que si decía alguna mentira más y era descubierto las consecuencias serían graves, debía ser especialmente cauteloso. -Todo este tiempo he estado buscando el mejor momento para decírtelo. Sabes que no me gusta mentir.

-Pero lo has hecho. ¿Por qué me lo has ocultado durante tanto tiempo?

-No quería comprometer a nadie. No tenemos demasiado dinero, he estado pensando en la mejor situación para todos.

-Si hubiese sido tan fácil no me lo habrías ocultado durante tanto tiempo -dejó el periódico a un lado y se dirigió hacia mí. Su mirada era imponente, pero cuando me cogió suavemente del brazo me hizo sentir seguro. Nunca había hablado de esa forma con mi padre. -Como te he dicho antes, yo solo busco lo mejor para vosotros. No está bien mentir a tus padres. Cuéntame toda la verdad.

-La maestra Amelie piensa que Clara es muy inteligente y...

-¿Y?

-Le hizo un análisis de sangre y salió un poco mal... Creo que es bueno que la maestra cuide un poco de ella, de esta forma nosotros tenemos más dinero y ella es más feliz.

-La maestra debería saber que Clara no es su hija.

-También habló de adoptarla.

-¿Lo dijo totalmente serio?

-Sí, pero no creo que sea la mejor situación. Creo que un día nos podríamos sentar todos a hablar y...

-Sí, creo que tengo que hablar con Clara. Ya te puedes marchar, hijo, seguro que quieres descansar un poco después de haber ocultado esto durante tanto tiempo.

-Sí, muchas gracias papá. No sabes cuánto me alegro de que me hayas comprendido. Estaba convencido de que lo harías.

Cuando nuestras miradas se desconectaron pude darme la vuelta y suspirar. Nunca había experimentado la liberación que se produce tras un profundo y sincero suspiro. Algunas lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas, seguro que era así como se sentían los héroes cuando salvaban a alguien en el momento más crítico. Me sentía aliviado y a su vez el protagonista de un gran cambio que había corrido en nuestra familia. Me fui a mi habitación, me tumbé en la cama y mi mente quedó totalmente vacía, después de un año de cargar con tantos pensamientos, por fin tenía la mente en blanco y podía dormir. Fue la primera vez que logré dormirme en tan poco tiempo.

¡Cras! Desperté sobresaltado, el estruendo había sonado muy cerca. No sabía la hora, quizá era un ladrón. Busqué algo resistente con lo que poder defenderme. Lo más útil que encontré fue una antigua muleta un poco corroída por el óxido. La agarré fuertemente, hinché el pecho con tanto aire como pude y lo solté todo de golpe y salí de mi habitación. Comencé a escuchar gritos, provenían de la cocina. Aceleré el paso y de pronto algo fue despedido contra la pared. Era Clara, mi padre le había empujado con todas sus fuerzas contra la pared, volvió a arremeter contra ella. Todo sucedió muy rápido, le estaba golpeando constantemente. A pesar de que los dos se dieron cuenta de mi presencia fui totalmente ignorado, estaban enzarzados en una maraña de golpes y gritos. Ella intentaba zafarse de él pero era imposible.

Mi cerebro se detuvo, no pude reaccionar hasta que él le dio una bofetada y comenzó a sangrarle el labio, probablemente se lo había partido. Agarré

la barra de metal con ambas manos y arremetí contra mi padre, no fui capaz de golpearle, no tenía tanto valor, pero sí que le empujé para apartarle. Él se sujetó de la barra y consiguió arrebatármela. Tras esto me empujó con tanta fuerza que salí despedido.

-¿Qué está pasando? ¡Para!

-¿Qué pare? ¡Sois vosotros los que me habéis estado mintiendo durante un año! ¿Qué te creías, que soy tonto? También sabía que robasteis en la pastelería y que faltáis a clase. ¡Hemos sido el hazmerreír del barrio por vuestra culpa!

Mi madre estaba en la cocina, decidió intervenir.

-¡No le pegues al niño, es esa bruja la que le está metiendo las ideas en la cabeza.

-¡Tu madre tiene razón, tú antes no eras así, maldita sea! -agitó la muleta y le golpeó a Clara en la pierna con ella.

-¡Para, la vas a matar, estás loco!

-¿Qué estoy loco? Por favor, todavía creo que puedes llegar a ser un buen hombre. ¿Por qué te empeñas en escuchar a esta sucia arpía? No solo te ha embaucado a ti, también tiene a la profesora comiendo de su mano. Es una convenenciera que se aprovecha de las buenas personas. Le tenemos que enderezar ahora o se volverá como su hermana. ¿Puedes entenderlo?

Mi cuerpo temblaba de pies a cabeza, intenté ayudarme de mis brazos para levantarme del suelo, pero fue totalmente inútil, no me respondían. Clara estaba cojeando y sangrando, intentado huir, pero él siempre le alcanzaba. Lo único que podía hacer era ver como todo sucedía a velocidades vertiginosas mientras mi cuerpo seguía impasible.

A partir de este momento él siguió golpeándola como si yo no existiera. Mi cobardía había sido totalmente expuesta, ya no representaba una amenaza. He de confesar que no fui capaz de mirar a Clara a los ojos. Sí que miré su cuerpo magullado, sabiendo que eso solamente era el comienzo. Escuché sus gritos, sus lamentos, sus llantos. ¿Y yo? ¿Qué hice? ¿Qué podía hacer? ¡No podía hacer nada! ¿¡Qué iba a conseguir siendo golpeado también!? ¿Era necesario envolverme en esa reyerta? Había sido ella la que me hizo cómplice de su mentira, de hecho, cuando robé lo hice para que ella no pasara hambre. Si ella no hubiese discutido con nuestros padres eso nunca habría ocurrido. Yo no era culpable de nada, es más, fui yo el que intentó arreglarlo todo. Ese fue mi pensamiento. Un negro humo que tapaba mis oídos y me evadía de los gritos y los golpes. Pero en realidad todo eso era una mentira que intentaba, inútilmente, crearme. La respuesta a todas mis dudas se

encontraba en los ámbares ojos de Clara, en la mirada que me dirigiría tras haber sido golpeada y humillada por mi culpa. Sus ojos serían los que dictarían la sentencia, ella podía exculparme, odiarme para toda la vida o simplemente pedirme ayuda. Su mirada tenía la respuesta y no fui capaz de mirarle a los ojos. ¿Por qué? Por miedo a la respuesta. Por miedo a ganarme su odio, por miedo a mí mismo y en lo que me estaba convirtiendo.

Cuando los gritos cesaron me asomé tímidamente a la entrada para ver lo que estaba ocurriendo. Clara estaba totalmente desnuda y llena de moratones y heridas.

-Esta noche la vas a pasar fuera. Así aprenderás lo que importante que es llevar la ropa que tu madre y yo ganamos con el sudor de nuestra frente. Ahora vas a comprender de verdad lo que significa pasarlo mal y no como creías antes. Ahora sí que vas a tener razones suficientes para ir mendigando a tus profesores. Como alguien del barrio te vea o le cuentes algo de esto a alguien, te juro Dios que no lo cuentas.

Por último, le empujó fuera de la casa, a pesar de que estaba totalmente desnuda y nevaba.

.

Mi padre comenzó a caminar en mi dirección.

-¿No crees que ha sido demasiado duro? -dije con voz temblorosa.

-Te equivocas, está en una fase muy rebelde y alguien debe enseñarle. Aunque te parezca muy cruel, mis padres ya lo hacían conmigo y nueve hermanos más; ahora todos nos ganamos la vida honradamente. En un futuro, si Dios quiere, tú también vas a tener que enfrentarte a esto con tus hijos. Ve a descansar y ni se te ocurre abrirle la puerta.

Le obedecí, sin rechistar. Me fue a mi habitación, me tumbé en la cama y traté de asimilar lo que había ocurrido. No sé cuántas horas pasaron, pero no daba crédito a lo que había ocurrido. El silencio me estaba matando, necesitaba hablar con ella, que me dedicara unas palabras de odio y echarme a llorar. Necesitaba sentirme culpable y asqueado por no haberla defendido, por haber sido el causante de todo el problema. Necesitaba algo que no llegaba, la necesitaba a ella y no estaba. Nada que mi mente pudiese maquinarse iba a funcionar, lo acababa de comprobar. Mi corazón pedía verla y eso fue lo que hice. Me aseguré de que todos dormían y, cuando al fin me sentí seguro, me dirigí a la entrada y abrí la puerta. Allí estaba Clara con su pequeño cuerpo desnudo. Tenía moretones y manchas de sangre en su espalda y cara. Ambos temblábamos, en aquel momento comprendí lo diferente que eran nuestras situaciones. Tenía los hombros cubiertos de nieve. Cuando escuchó mis pasos se giró. En aquel

momento me di cuenta de que el tiempo se podía repentizar solamente para hacerme sentir peor. Cuando por fin nuestras miradas se cruzaron, mi respiración se detuvo. Sus ojos eran totalmente inexpresivos.

-Entra, te vas a morir de frío.

Obedeció impasiblemente.

Le coloqué el abrigo y le acompañé hasta su habitación. Entré en mi habitación, me tumbé sobre mi habitación. No sé qué ocurrió en el desayuno del día siguiente, no recuerdo qué pensé, no recuerdo la conversación que tuvimos durante la comida. No recuerdo absolutamente nada, mi mente solo logra alcanzar el momento en el que salimos de casa para asistir a la escuela. Recuerdo cómo me sentí. No podía dejar de mirar su rostro magullado. Me sentía miserable porque no lograba empatizar con el momento, no podía sentir pena al verla porque su rostro era totalmente inexpresivo, no transmitía nada. De hecho cuando la observaba me estremecía, parecía estar muerta. Simplemente caminé por la nieve, sintiendo el frío en mis mejillas, observando cómo los copos caían lentamente. Sus pasos se escuchaban distantes, pero me tranquilizaba saber que caminábamos en la misma dirección. No tuve valor para girarme y mirarle directamente a los ojos, ni siquiera tuve valor para hablar con ella. Por un momento pensé que Clara estaba en shock y que todavía no se había recompuesto de la paliza que le había dado nuestro padre. Seguí sumergido en mis pensamientos hasta que escuché un golpe seco. Me giré y vi el cuerpo de Clara tirado en el suelo. Me acerqué a ella relajado, no sé por qué, pero así me sentía.

-¿Estás bien? ¿Puedes levantarte?

Comencé a asustarme un poco cuando no contestaba. Me acerqué rápidamente hacia ella y vi cómo tras ella había un rastro de sangre. Comencé a perder los papeles. Me abalancé sobre su cuerpo y comencé a inspeccionarla, tenía la zona inferior de la manga del abrigo encharcada en sangre. Le arremangué el abrigo hasta encontrar la fuente del sangrado, era su muñeca, estaba llena de cortes. Comencé a temblar, el latir de mi corazón retumbaba en mi cabeza. Le abofeteé, pero no respondía, estaba muy pálida. Todos los sentimientos cayeron a mí como si fuera una lluvia de estrellas, como si todo lo que acababa de ocurrir hubiese estado pegado a una bóveda celeste, esperando a caer todos de golpe, atraídos por algo. Lloré y grité como nunca lo había hecho, pero no por lo asustado que estaba, si no por lo miserable que era. En cuestión de una noche descubrí un lado de mi persona que desconocía, un lado aterrador que podía observar como apalizaban a su ser más querido sin sentir remordimiento, un lado que justificaba mi culpa y cobardía. Un lado inhumano, algo que no debía existir, algo que debía estar muerto y no ella. No, ella no debía morir, no podía hacerlo... ¿Qué mal había hecho ella? ¡Maldita sea! Ella no hizo nada, no había sido culpable de nada, no

eligió donde vivir. ¿Por qué tenía derecho a elegir su muerte!? ¿Por qué lo hizo sin consultarme? Mis lágrimas descendían por mis pómulos, congelándose, volviéndose escarcha. La cargué a mis hombros y comencé a correr hacia la casa de Amelie, no estaba muy lejos. No pude dejar de gritar, había perdido el control de mí mismo. Estaba envuelto en una amalgama de odio y adrenalina que me impedía pensar y tomar decisiones. Recuerdo que cuando llegué pateé la puerta y comencé a rebuscar en todos los lados. Amelie se sobresaltó, pero cuando vio el cuerpo de Clara entre mis brazos actuó rápidamente. No paró de destrozarlo todo hasta que encontró algo con lo que podía ayudarla. Encendió la chimenea y utilizó un botiquín para curarle. No recuerdo muy bien cómo lo hizo, pero de alguna manera consiguió coser su herida de una forma muy torpe y estrambótica. Me tranquilicé cuando vi que su rostro comenzaba a tomar color. Tenía pulso y eso era una estupenda señal.

Amelie me miró desconcertada y asustada, antes de que dijese nada decidí contarle algo que le ayudaría a entender la situación.

-Hace unos años nuestra hermana Laura todavía estaba en casa. Se parece mucho a Clara, te sorprendería cuánto. También recibía palizas, cuando llegaba tarde a casa porque había salido con sus amigos, nuestro padre le pegaba, le desnudaba y la echaba de casa durante toda la noche. Cuando fue desarrollándose él abusaba sexualmente de ella, le chantajeaba para todo. Cuando llegó a la mayoría de edad se marchó de casa y no volvió, pero ya no era como antes, cuando le mirabas a los ojos te daba la sensación de que estaba muerta. No nos va a servir de nada esperar a que Clara llegue a los dieciocho.

Salí de la casa, no sin antes ver cómo estaba Clara, le di un beso en la frente y me marché.

Llegué a casa, entré, llamé a mis padres y los encaminé hasta el sótano. Una vez allí salí ágilmente y amarré la puerta. Creo que perdí el sentido auditivo en aquel momento, aunque todo era fruto de mi cerebro. Comencé a recorrer toda la casa, acariciando cada mueble, cada puerta, cada foto... Comencé a rociar la gasolina que había conseguido en casa de Amelie. ¿Hay algo más aterrador que morir entre llamas?. Cuando todo estaba impregnado de gasolina, me senté en la entrada mirando el pasillo que tanto tiempo había recorrido. No pude escuchar mi voz, pero me despedí de la casa, de mis padres, de Clara. Tomé una cerilla, la prendí y la lancé. El fuego era precioso y acogedor. Se formaron llamas enormes y muy cálidas. Fue un momento mágico, pensaba que morir iba a ser más sobrecogedor, pero de alguna forma me sentía extremadamente bien. No pude entender la razón, pero las lágrimas seguían resbalando por mis mejillas. ¿Por qué? Mis pensamientos comenzaron a volverse pesados, el humo estaba haciendo que me mareara. Mi cuerpo cayó tendido sobre el suelo y me di un golpe en la cabeza. Noté cómo algo tibio resbalaba por

mi frente. Fue algo fantástico, necesitaba un poco de frío entre el calor de las llamas. Mis últimos pensamientos antes de desvanecerme fueron sobre la vida, el porqué de las cosas, la justicia... ¿Por qué todo tuvo que acabar así?

Algo tiró de mí, apenas podía ver y me costaba respirar, pero mi cuerpo estaba siendo arrastrado, podía notar el roce de la fría nieve sobre mi espalda. Algo estaba acariciando mi rostro, me hacía cosquillas, Cuando recuperé la audición lo primero que escuché fue el chisporrotear de las llamas, las maderas crujiendo, partiéndose y chocando entre ellas. Cuando recuperé la visión pude ver cómo delante de mí se alzaban llamas tan grandes que parecían rozar el cielo. Cada rincón de la casa abrazado por las llamas, todo siendo reducido a cenizas.

Clara estaba jadeando detrás de mí.

-¿Qué has hecho? -su voz no tenía un tono acusador, más bien agradecido. Me abrazó y pude notar sus lágrimas cayendo por mi cuello.

No pude contestar.

Aparté sus brazos e intenté inútilmente entonar alguna palabra. Solo conseguía vocalizar una serie de sonidos inconexos.

De repente Clara me dio una fuerte bofetada y me volvió a abrazar.

-¡Cálmate! Ya ha pasado todo..., por fin ha cavado todo.

Ambos comenzamos a llorar, rompemos en llantos como niños, como los dos niños inocentes y asustados que hubiéramos sido en circunstancias normales. Sin duda me hacía falta estallar en llantos, dejar salir fuera todo mi miedo... Cuando ambos nos relajamos, nos sentamos en frente de la casa mientras observamos cómo las llamas se expanden.

-Dentro estaban papá y mamá, ¿verdad?

-Sí.

Agarró fuertemente mi mano.

-¿Lo has hecho por mí?

-No, lo he hecho por mí.

-¿Y qué hacemos ahora?

Pude ver su rostro demacrado, estaba tremendamente asustada.

-Vale, hagamos lo siguiente: tú vas a ir a la escuela gritando y pidiendo ayuda porque tu casa está en llamas. Tienes que estar alterada y llorando, es importante que finjas. Cuando las llamas se consuman se darán cuenta de que nuestros padres han muerto, entonces Amelie te adoptará.

-¿Cómo voy a fingir que estoy triste? No he estado tan feliz en mi vida.

Le cogí de la mano y comencé a andar de camino a la escuela. Al cabo de un rato intenté soltar su mano pero ella se agarró fuertemente.

-¿Qué estás haciendo?

-Me tengo que ir.

-¿Cómo que irte? ¿A dónde piensas ir? ¡No tienes ningún lugar a dónde ir!

-Cuando llegue la policía tengo que estar ahí, no quiero que se enteren de que te pegaban, quizá piensen que lo has hecho tú.

-¡Me dijiste que siempre estarías conmigo! ¡Ahora es nuestra oportunidad de ser felices! Maldita sea, podemos comenzar una nueva vida... Nos lo merecemos... ¿No crees? -las lágrimas resbalan por su rostro.

-Escúchame Clara -dije mirándole a los ojos -a partir de ahora debes ser fuerte.

-¡No!

-Sí, debes querer a Amelie, obedecerla y estudiar mucho.

-¡No sin ti!

-Por favor -en ese punto ya me encontraba totalmente descompuesto. Caí sobre mis rodillas y comencé a llorar. Mis piernas no me respondían. - Debes comer mucho y ser feliz. No me recuerdes como aquel que dejó que te hicieran daño. Recuérdame por los buenos momentos. Enamórate y ten cuidado con los hombres, entrégate a alguien que sepas que va a ser para toda la vida y sepa hacerte sonreír cada día. Olvida los malos recuerdos y mira siempre hacia delante. No te olvides de tus padres y que sus errores te sirvan para que algún día puedas ser la madre con la que soñabas... Tengo un último deseo que pedirte, por favor, olvídate.

-¡No voy a poder olvidar en toda mi vida! -dijo mientras me abrazaba.

-¡Olvídate por favor! -Prométeme que vivirás. Aunque sea sin mí.

¡Prométeme que serás feliz y yo también lo seré!

-Lo juro.

Cuando nuestras manos se soltaron, fui por primera vez consciente de que los héroes también pierden, incluso lo pierden todo. Cuando nos dimos la espalda y comenzamos a andar, se sintió como si mi corazón estuviese congelado y vacío. Me sentí apenado por lo injusto que era el mundo, ojalá ese hecho cambiara algún día.